

HOMENAJE A UN MAGISTRAL APRENDIZ DE DISCIPULO

Para Luis Rosales las palabras no son jamás un puñado de calderilla. Una conversación con Luis Rosales no puede ser trivial. Tampoco puede ser solemne. Rosales es un hombre socrático: para Sócrates, para Rosales, las palabras son un acto de libertad y una tentativa de amor. Que Luis Rosales, hable de lo que hable, encienda siempre el tema de la libertad, es algo ni casual ni premeditado; es constitutivo. Que sus palabras estén siempre desalienadas y al mismo tiempo sancionadas por la humildad y el coraje que preceden a la misericordia, es algo ni casual ni premeditado; es algo acumulado, algo que sucesivamente hereda de sí mismo. Amor y libertad son los dos temas de Rosales; los únicos, el único. En Luis Rosales el amor, la libertad, el lenguaje, constituyen, indivisibles, su pasión cotidiana. Por todo esto, conversar con él es, aunque inadvertido, un evidente privilegio —que tenemos que merecer. No quiere esto decir que Luis Rosales les ponga precio a sus palabras (jamás he visto un hombre más adicto a la medicina de la conversación), sino que, hablando con él, se comprende la necesidad de procurar un valor a las nuestras.

Aunque —ya lo he dicho— Rosales sólo habla con amor y de la libertad, a veces esa moneda de su tema —con la que paga por vivir— se alecciona con nombres como éstos: Machado, Cervantes, Dostoiewsky, Kafka, Shakespeare, Quevedo, Bécquer, César Vallejo, don Jorge Manrique... La grandeza de Rosales consiste —también— en mostrarnos cómo los grandes nos contemplan, nos favorecen y nos exigen. Rosales sabe que en la sazón del fruto que presume en el lugar más remoto del árbol está presente la enterrada raíz. Como es socrático, lo que sabe lo comunica. A veces lo proclama; entonces comprendemos que libertad y raíz para Rosales son la misma cosa —una deuda sin fin que casi a modo de milagro nos constituye como hombres y que no deberemos permitir que se devalúe; así, nuestra vida consiste en no consentir ni consentirnos a nosotros mismos que descienda el valor de la libertad. O con otras palabras: la libertad, el

amor, el lenguaje (la vida verdadera), a través de algunos nombres hermosísimos y gigantescos, pueden llegar a ser nuestras raíces—si nosotros amamos la libertad, el amor, el lenguaje. Con palabras liberadoras, Luis Rosales ama esas tres raíces, que son una misma raíz. A veces, casi siempre, las ama en las obras de esos maestros, de los cuales dijimos que tienen nombres hermosísimos: Machado, Cervantes, Dostoiewsky... En su conversación o en su obra escrita—dos formas de un calor unánime—, Rosales siempre ha dado fe de sus raíces, de sus maestros—de un modo verdadero y permanente: haciéndose raíz. Y a esto, con una orgullosa modestia y de manera magistral, él le llama ser «aprendiz de discípulo».

Hemos de suponer que para alcanzar a ser aprendiz de discípulo hay que comenzar por reconocer al maestro e inmediatamente proclamarlo; reconocerlo nada más es ser mal hijo. Luis es un excelente hijo: La casa encendida, El contenido del corazón memoran y honran a los padres de Luis y a la madre del hijo de Luis (en la obra de Luis Rosales todo es padre, madre, raíz). En cuanto a esos que llamamos hermosísimos y gigantescos, son ya abundantes los volúmenes, las horas y los años que Luis les ha entregado, que Luis les ha devuelto. Se diría que la vida majestuosa, llena de siglos y de nombres, «más junta que una lágrima», llega hasta Luis Rosales y por un instante se aquieta; se diría que él la toma, la junta un poco más y la reintegra: «porque lo vivo ero lo junto». Machado, Cervantes, Dostoiewsky... En su conversación o en su obra escrita (sus dos maneras de calor unánime) Luis Rosales ha honrado mucho a sus raíces. Entre otras formas, haciéndose raíz. Y desde luego, haciéndose raíz para quien esto escribe.

Por todo esto, mi querido Luis, en esta hora de tu homenaje se me ha ocurrido que esas tres estampas que siguen, sobre los tres maestros a quienes más te he oído proclamar, no eran menos que lo que pide el homenaje: un acto de cariño y respeto. Si, como he pretendido mostrar, nada es más rosaliano que las raíces (es decir, la inteligencia y la misericordia), este recuerdo a esos tres geniales y misericordiosos escritores, tan amados por ti, es mi mejor abrazo. Es también un eslabón más de nuestra dilatada conversación: esa cadena que tan fuertemente nos sujeta a la libertad.

EL FRIO

... un sueño en que se llora, en que descansa
el corazón llorando.

LUIS ROSALES

Conviene al propósito de esta página—y conviene también a la verdad—que imaginemos casi intolerable el frío que la noche del 27 de enero de aquel año arroja sobre los Pirineos. En la geológica frontera que separa Francia y España existe una estación de ferrocarril —que no conozco y que por ello no puedo recordar. Para pensar en aquella estación tengo que recurrir al recuerdo de otras. Una acude con rapidez y casi con voracidad: es el ferrocarril de Cinco Casas, un pequeño pueblo manchego, donde fui desdichado durante ilimitados segundos. La causa de esa pena —sucedida en un sueño— era la soledad. Verá, don Luis: yo tenía que llegar a Argamasilla de Alba a primera hora de la noche. Mi amigo Félix Grande me había gestionado una conferencia en ese pueblo cervantino (la memoria y el corazón son arbitrarios; he olvidado la fecha en que murió mi hermana, pero recuerdo el título de aquel extraviado trabajo: *Cervantes en la obra de Antonio Machado*). Había salido de Madrid en uno de los trenes de Andalucía; hube de trasbordar en Cinco Casas y ahora esperaba la llegada del tren que me llevaría a ese pueblo en que estuvo preso Cervantes; pero ese tren se demoraba y comencé a temer, sentado en la penumbra de la cantina, que el retraso me hiciese llegar a destiempo. Con ese temor me dormí; era una tarde de verano cálida, espesa. Aún me recuerdo entrando en el sueño con un verso lamiéndome los párpados: «fue una tarde lenta del lento verano». Ya dormido, habría de ver un desatendido jardín, una cancela anónima entre hiedra, una fuente infinita, un hombre mirándolo todo con agradecimiento y con pesar (eran el jardín, la cancela, la fuente, el protagonista del poema). Hace de esto ocho años y recuerdo completo el sueño. No voy a referirlo sin discriminación; me interesa sólo mencionar el final. Es éste: varios familiares y amigos y algunos rostros de innominados enemigos borrosos me esperan en una calle de Argamasilla de Alba para decirme —los unos sin sosiego, los otros sin piedad— que no puedo quedarme allí—son, por cierto, pocas figuras, pero en la pesadilla aturden o amenazan como una multitud. Los miro —a esos escasos seres— y tengo la sensación de que son todas las gentes de mi idioma. Me sé a la vez dormido y soñando y sufriendo y persuadido de que de ese sueño no podré despertar para llamarles patria. Recuerdo con atolon-

dramiento que me llamo Horacio Martín, y desde las galerías llegan velozmente unas palabras: *quiso la muerte sonreír a Martín y no sabía*. Pienso explicarle a esa desmedida multitud, a la que ahora se incorporan seres quietos, pálidos, tristes —¡muertos!—; pienso aclararles que con un poco de generosidad, oh, sí, apaciguarlos, tranquilizarlos... —y las diez, doce figuras, que son un mar de vivos y de muertos (¡pero morir será también no poder memorar los muertos!), callan, aguardan unas cuantas palabras verdaderas, que esta vez no logran nacer. Brilla un balcón en la desierta plaza. Intento gritar a mis adorables y dolorosísimos mudos «¡El muro blanco y el ciprés erguido!», pero nada sale de mi boca, a la que ahora se acerca un vaso de sombra —¡oh pura sombra!— lleno. Con infinitas ganas de llorar vuelvo la espalda y camino hacia el tren, que ya asoma en la lejanía y que apenas se configura; sin embargo, a través de una aún invisible ventanilla de un todavía invisible departamento aparecen, nítidos, exactos —emocionantes— el príncipe Liov Nicoláyevich Mischkin y don Alonso Quijano el Bueno; lloran conmigo y me llaman Abel. [Compruebo, don Luis, que no logro expresar la pena, el espanto de esa pesadilla; créame entonces bajo mi palabra de honor.] La desilusión de un enfermo avanzado acaso no es más honda que el dolor de aquel sueño, un dolor que aún me untará el corazón con colores espesos cuando, al despertar, vea acercarse hacia la estación de Cinco Casas el tren que habrá de llevarme a Argamasilla de Alba. Me levanto de la silla y me alejo unos pasos de la cantina por el desierto andén. Miro en redondo y cosecho una extenuante melancolía. Todo en esta llanura es tierra parda, demasiado humilde, aplastada por el cielo y la fatiga de partos sucesivos. Alguna viña verde no logra aminorar la soledad de estos ocres que conversan con el silencio de modo clandestino, con temor. Muy lejos, junto al resignado horizonte, una figura parece avanzar hacia el Poniente; la distancia es tan grande que se piensa que esa figura nunca podrá llegar a donde va; huérfano de la tierra. Podría ser Azorín, resucitado, enigmático, buscando la infancia de los clásicos. O un viudo o una viuda que demora sus años en el campo, desvariando, hablando a solas, siempre lejos. O un loco. Hay sol, silencio, calma, muerte y magia en La Mancha. Y siento que no comprendo nada; que el tiempo me atraviesa, horadando mi corazón, dejándome arrugas fatigadas y recuerdos maltrechos, en medio de un espacio ilegible y conmovedor, y ese espacio es el mundo. Entonces siento que llorar ya no puede expresar a esa pena. No se la puede traducir. Se la siente y tal vez se muere de ella. En ese instante miro las vías del tren, el andén,

unos escasos rostros de viajeros en duermevela, toda esa silenciosa estación, algunas nubes de una gasa disuelta, el cielo infinito, azul, emocionante y tenebroso. «Quiso la muerte sonreír a Martín y no sabía» (...). Ya imaginé, don Luis, que no sería capaz de articular aquella emoción que me llenaba de un saber incomunicable y doloroso y que, según creí entonces, allá en aquellas tierras cervantinas, fue lo más mío que tuve jamás. Y tampoco acerté con esa reflexión: nada es nuestro (y nosotros somos del tiempo). Todo es prestado y más que nada el corazón. Hace ocho años, al subir a un tren en la soñolienta estación de Cinco Casas, en dirección a un pueblo ilustre, en donde había de hablar de dos geniales melancólicos, llegué a pensar que la melancolía que me acariciaba todo mi nombre era más mía que ese mismo nombre. Nada es nuestro. Todo es prestado y más que nada el corazón. Existe un libro en donde está majestuosamente expresada esa melancolía que tantas veces en el libro y en mí pude encontrar y que llegó a ser mi identidad en una tarde quieta, hace ocho años. Fue en mil novecientos sesenta y tres, en un andén, en verano, con mucho sol. Si nosotros somos del tiempo, tal vez el tiempo tenga mayor misericordia que los hombres y yo consiga ver alguna vez—siquiera con el alma—algo que sucedió una noche de enero de mil novecientos treinta y nueve, en invierno, con mucho frío, y que prefigura una tarde, un sueño, un horror. En mayo de 1966, en el número 343 de *La Estafeta Literaria*, escribe Corpus Barga: «Antonio Machado, su madre, su hermano Pepe, el pintor, y la mujer de éste pasaron la noche en la estación de Cervère, en un vagón de ferrocarril; no había otro sitio donde alojarse.» No cuesta nada imaginar aquella noche: frío, soldados, éxodo, penuria, seres amontonados aguardando el amanecer, con la esperanza puesta en el exilio. Que el tiempo, más misericordioso que los hombres, me lleve a aquella noche, a aquel vagón, y pueda allí—siquiera con el alma—besar las dos mejillas de don Antonio, antes que se me muera.

UNA QUEJA «MAS JUNTA QUE UNA LAGRIMA»

Cuando llegue la noche y sea la sombra un báculo...

LUIS ROSALES

De hoy en pocos años, y por los siglos de los siglos, la sola mención de mi nombre provocará la carcajada o el aborrecimiento de los lectores de un hombre de genio. El nombre que recogí de mis antepasados será pronunciado como bostezando o escupiendo, y en él se odiará a mi funesto oficio y a las leyes que lo reclaman—pero también a mí. Este nombre mío, hasta ayer socorrido por la compasión del anonimato y pronunciado con una beneficiosa mezcla de respeto, indiferencia y cortesía, como corresponde a un no muy sobresaliente servidor de mi rey, nombrará en adelante y con justa brutalidad el suceso más grotesco que la cultura ha tolerado nunca. Y la cultura no dejará eternamente de vengarse de ese ultraje—también eterno—en que se han convertido mi nombre, mi persona, mi estirpe y mi destino. Cuanto mayor sea el agradecimiento de los tiempos hacia ese hombre maravilloso, autor del libro más profundo que diera la lengua destas tierras, tanto mayor será el desprecio que todos cuantos construyen y aman la cultura arrojarán sobre mi vergüenza, una vergüenza obligada a ser, como aquel libro, gigantesca y profunda. Pero ni el tamaño de mi desazón logrará serme excusa ni la antigüedad de mi oficio podrá justificar cuanto de infame existe en mi oficio y en mí, ni la inocencia de mis antepasados evitará en ellos la mancha que hoy se escurre desde mi nombre hasta sus tumbas, ni el dolor con que escribo esta página habrá de preservarme del enojo de la inmortalidad. Aún ayer, las palabras formularias con que indico haber efectuado mi trabajo a lo largo de un libro ajeno eran palabras casi invisibles o, a lo menos, triviales; paradójicamente, esa trivialidad convertía mi vida nebulosa en una certeza modesta. Hoy, esa certeza titubeante quedará triturada; y, de una sola vez, y merced a unas pocas miserables palabras estampadas en el pórtico de otras palabras infinitas, mi vida entera pasará a ser mentira. Y nada en mi pasado logrará desmentir que mi nacimiento y mi transcurso fueron un simultáneo embuste. Sólo esta página habrá sido verdad, mi única verdad, a condición de que le siga el coraje de destruirla. Incendiaré, pues, estas frases aferradas a mi corazón como un moribundo a una mano, y en esas mismas llamas, ya que no mi memoria, arderá mi sentido. Así, únicamente me sobre-